

EL FASCISMO NECESITA DEFINICIÓN

Jack Conrad

Traducción por Carlos López Muley

El marxismo aspira a ser claro y honesto. Jack Conrad responde a Hasan Keser y Daniel Lazare.

Para hacer ciencia, sostener debates racionales e interpretar el pasado armándonos para el futuro, es fundamental definir con claridad el significado de las palabras. Necesitamos definiciones; descripciones concisas y lógicas que identifiquen las características esenciales y establezcan límites. Que nos permitan distinguir unas cosas de otras; unos fenómenos, de otros.

Por supuesto, nuestras definiciones están determinadas por 1) las propiedades específicas del término a definir (p.e. el objeto de definición) y 2) la sofisticación, el nivel, la estructura de conocimiento alcanzada dentro de un campo en particular. Por lo tanto, aunque las definiciones están sujetas a reglas lógicas, como la regla de la proporción entre lo definido y lo definitorio, una definición lleva a otra, ya que las características o propiedades particulares experimentan cambios. El movimiento y la interacción -el paso de un estado a otro- es una idea central en el marxismo (dicho de otro modo: no hay rigidez, inmutabilidad o permanencia).

Y entonces ¿qué hay del fascismo? Aquí se presenta una definición en dos partes derivada del análisis en profundidad que León Trotsky desarrolló durante las décadas de 1920 y 1930, en pleno auge del fascismo. A día de hoy sigue siendo su más importante y duradera contribución al marxismo (y lo afirmo sin ser yo un trotskista, un trotsko, ni nada de eso).

El fascismo debe distinguirse de otras formas de contrarrevolución porque se basa orgánicamente en una masa popular desorientada, enloquecida y desesperada. Fundamentalmente, el fascismo organiza grupos de combate paralelos al Estado. Cuando es necesario, los partidos fascistas son manipulados, protegidos y financiados por este y por sectores centrales del capital monopolista. El fascismo alcanza dimensiones masivas cuando la sociedad atraviesa una crisis profunda, la burguesía no puede gobernar como antes, y a la clase trabajadora le falta la fuerza, la determinación o el liderazgo necesarios para dar un golpe revolucionario definitivo.

En el poder el fascismo asalta, pulveriza y destruye a la clase trabajadora organizada. Cualquier intento, cualquier manifestación de actividad

independiente de la clase trabajadora es aplastado implacablemente. Los partidos burgueses son o bien absorbidos o disueltos, pero la propiedad privada no se ve mayormente afectada. Mientras tanto, el fascismo experimenta un proceso de burocratización: sus estamentos superiores se integran en la clase dominante, mientras que los inferiores se incorporan a la maquinaria estatal.

Entonces, ¿cómo deberíamos interpretar las críticas de Hasan Keser¹ y Daniel Lazare² a mi reciente artículo sobre el fascismo?³

Por desgracia, ninguno de los dos camaradas ofrece una definición clara de fascismo como tal. En su lugar, recurren a generalizaciones, inferencias infundadas, especulación y no poca indignación moral. El resultado, en ambos casos, es una interpretación del fascismo que se alinea inequívocamente con una perspectiva liberal.

De manera un tanto sorprendente, el camarada Keser me acusa de querer analizar el fascismo de forma “global”, pero de enfocarme únicamente en “mi propio caso británico”. Si bien es cierto que el grueso de mi audiencia está en el Reino Unido, en realidad he dedicado relativamente poco tiempo a analizar “mi propio caso británico”. En cualquier caso, el camarada Keser me reprocha no haber tratado el caso de Turquía, mientras que el camarada Lazare me critica por no abordar el de Estados Unidos.

El capitalismo estándar

Demasiados camaradas en la izquierda parecen haber adoptado la ideología burguesa dominante después de la Segunda Guerra Mundial; es decir, la idea de que capitalismo y democracia van de la mano.

Sin embargo, el problema es que el término “democracia burguesa” es en sí mismo un oxímoron. La clase capitalista no es y nunca ha sido una clase democrática. La democracia capitalista real es una democracia de accionistas. Nunca ha sido “una persona, un voto”; sino “una acción, un voto”. Esto no quita que, en la segunda mitad del siglo XIX, la clase capitalista, sobre todo en Europa, se viera obligada una y otra vez a hacer concesiones a la clase trabajadora, en particular respecto al propio derecho al voto. Eso sí, cuanto más se avanzaba hacia el sufragio universal más dinero invertía la clase capitalista en partidos que pudieran engañar a la suficiente población durante el suficiente tiempo, y en domesticar a los líderes de la clase trabajadora mediante sobornos y corruptelas. En el capitalismo manda el dinero, no el electorado. Y no es de extrañar: la mass

¹ Letters Weekly Worker 3 junio 2021.

² ‘Texas and the F-word’ Weekly Worker 10 junio 2021: weeklyworker.co.uk/worker/1351/texas-and-the-f-word.

³ J Conrad, ‘Misusing the F-word’ Weekly Worker 27 Mayo 2021: weeklyworker.co.uk/worker/1349/misusing-the-f-word.

media capitalista (subvencionada y publicitada) miente a escala industrial, alimenta a la población con contenido basura y sostiene los llamados valores tradicionales, familiares y patrióticos. Incluso el antisemitismo medieval se reinventó a finales del siglo XIX como un antídoto frente al socialismo. Aunque hoy se hable de democracia, ha existido una constante ofensiva capitalista en su contra, con medidas represivas del Estado, censura, prohibiciones y duras penas de prisión.

Esto lleva a su opuesto. Camaradas de la izquierda que sostienen que el capitalismo y el fascismo van de la mano, que el fascismo es una consecuencia natural e inevitable del capitalismo. Desde esta visión, cualquier político burgués que desprecie a los liberales progresistas, a la élite cosmopolita o a los inmigrantes pobres, y que promueva teorías conspirativas extremas, es fascista, muestra rasgos fascistas o avanza hacia el fascismo.

Demos la palabra al camarada Lazare. Él escribe sobre como el capitalismo es empujado “una y otra vez” por sus propias “dinámicas internas” al fascismo; eso sí, en ausencia de ausencia de cualquier tipo de amenaza del movimiento obrero y la izquierda. Por qué la clase capitalista sacrificaría las certezas aceptables que conlleva el «Estado de Derecho» por la arbitrariedad, el caos y la locura del fascismo es, como mínimo, un misterio.

Por supuesto que existen fascistas y grupúsculos fascistas reales en los Estados Unidos. Los Three Percenters, los Oath Keepers o los Proud Boys; todos ellos fueron alentados, jaleados y puestos en escena en el intento desesperado de autogolpe de Donald Trump el 6 de enero de 2021. Hay una gran diferencia entre usar a grupúsculos fascistas como peones y llevar al poder a figuras como Mike Vanderboegh o Stewart Rhodes.

El camarada Lazare equipara fascismo y barbarie y lo llama “reacción burguesa definitiva”. Es difícil discrepar, dado el historial de la Alemania nazi desde 1933, en especial entre 1942 y 1945. Sin embargo, la Alemania nazi fue una excepción, incluso dentro del fascismo. Una organización burocrática escalofriantemente eficiente, que, combinada con la tecnología moderna, instauró un régimen de exterminio. Como resultado perecieron seis millones de personas, tal vez diez. Dicho esto, en este sentido, la Alemania nazi no hizo más que concentrar en el tiempo lo que los colonos americanos habían perpetrado con la población nativa en miles de guerras, incursiones y ofensivas: si en 1492, cuando Colón llegó por primera vez, vivían entre cinco y quince millones de nativos americanos, a finales del siglo XIX y al término de las Guerras Indias sólo quedaban 238.000⁴. Lo mismo hicieron los británicos en Australia, su colonia de trabajo. Los nativos sobraban y fueron tratados como alimañas. Incluso los cazaban por deporte. Y no olvidemos a Leopoldo II de Bélgica y a su colonia privada de explotación en el Congo. Millones de nativos fueron asesinados o murieron por exceso de trabajo, malos tratos y enfermedades. Podríamos citar muchos, muchísimos ejemplos de la barbarie de este capitalismo “estándar”.

⁴ [history.com/news/native-americans-genocide-united-states](https://www.history.com/news/native-americans-genocide-united-states).

Turquía

De todas formas, y él sabrá sus motivos, el camarada Kesser, tímida y sigilosamente, con evasivas, nos dice que él “dudaría de criticar” a quienes definen el régimen de Recep Tayyip Erdoğan como “fascista”. Pero, ¿Por qué? Por la imposición de medidas draconianas contra sus opositores, por las restricciones a los derechos democráticos, por su intervencionismo en el extranjero, por la retirada de los “acuerdos legales internacionales” y, sobretodo, por coaligarse con el Partido de Acción Nacionalista (MHP). Como ya he argumentado, imponer restricciones a los derechos democráticos es inherente al capitalismo “estándar”. De igual manera, también lo es el intervencionismo en el extranjero o la retirada de los “acuerdos legales internacionales” (tomemos la historia reciente de la “cuna de la democracia parlamentaria”: p.e. las leyes antisindicales de Thatcher y la derrota de la huelga de los mineros en 1984-85, la invasión de Irak, el Brexit o la disputa por el protocolo de Irlanda del Norte).

¿Y qué hay de su alianza con el MHP? El MHP, un partido nacionalista laico de extrema derecha, afirma defender la tradición política de Mustafa Kemal Atatürk. Es cierto que, bajo la connivencia del Estado profundo (la rama turca de la Gladio), los Lobos Grises fueron armados y liberados con sangrientas consecuencias en la década de 1970⁵. Aunque los Lobos Grises afirman no ser más que una asociación cultural y educativa, es ampliamente reconocido que en realidad es el ala paramilitar no oficial del MHP.

Es cierto que en 1970 los Lobos Grises eran un claro ejemplo de una formación de combate paraestatal. Turquía estaba sumida en una grave crisis socioeconómica. Había incontables huelgas políticas, numerosas luchas callejeras y la izquierda revolucionaria creció masivamente. Incluso se produjeron tiroteos entre unidades de la policía progresistas y reaccionarias. Que hubo miles de muertos en una "guerra civil de bajo nivel" en Turquía es un hecho.

Sin embargo, el propio camarada Keser admite que bajo las condiciones actuales la existencia de tales grupos parece no ser necesaria. Tras el golpe de Estado de septiembre de 1980 en Turquía, la prohibición de los partidos políticos (incluido el MHP), el encarcelamiento masivo de izquierdistas y, finalmente, el colapso del socialismo burocrático en Europa del Este y la Unión Soviética entre 1989 y 1991, el movimiento obrero turco y la izquierda en general entraron en una espiral de decadencia. Hoy en día estos mismos actores (Kurdistán aparte) no suponen una amenaza real para el orden existente, no por lo menos en el corto-medio plazo. En cuanto a los Lobos Grises, siguen hoy activos, pero a una escala mucho menor: el asesinato ocasional de un político kurdo de la izquierda moderada, protestas contra cualquier reconocimiento de la culpabilidad turca

⁵ [linkedin.com/pulse/grey-wolves-gladio-nato-robert-dekker](https://www.linkedin.com/pulse/grey-wolves-gladio-nato-robert-dekker).

por el genocidio armenio de 1915-17, tráfico de drogas en Europa para recaudar fondos, dirección de campos de entrenamiento para militantes uigures, etc.

En cuanto al MHP, con algo más que el 10% del voto popular, se trata de un partido de extrema derecha nacionalista que, aunque sí, efectivamente, dispone de un grupo de combate residual paralelo al Estado, concentra sus esfuerzos en la actividad electoral y trata, mediante su influencia en el gobierno, imponer su agenda anti kurda y pan-turca con cierto efecto considerable.

Francamente, sin embargo, categorizar al actual MHP como fascista requiere de cierta reflexión – como mínimo debería ser matizado, incluir consideraciones, etc. La afirmación de que «una vez organización fascista, siempre organización fascista» es tan estúpida como la de que «una vez fascista, siempre fascista». Al fin y al cabo, los marxistas reconocemos que nada es fijo, que todo cambia... y eso debería reflejarse en las definiciones que utilizamos. Por ejemplo, el Partido Comunista de la Federación Rusa -nacionalista, socialmente conservador y consentido por el gobierno de Putin- ¿es una continuación inalterada del partido que Lenin dirigió? Difícilmente. Lo mismo ocurre con otros de los llamados partidos comunistas “oficiales”. A pesar de que los nombres siguen siendo los mismos, la ruptura estalinista, en la degeneración y en cómo lo que fue se convirtió en su contrario.

Luego tenemos a la “categorización por infección cruzada”. ¿Es fascista el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) de Erdoğan por su coalición con el MHP? Esto tiene tanto sentido como calificar al MHP de islamista por su papel secundario en la alianza dominada por el AKP y Erdogan. Tal afirmación viola ciertamente la regla de la proporción entre lo definido y lo definatorio.

Analícemos la última coalición de gobierno en Israel. ¿Deberíamos equiparar a Yamina, el partido de extrema derecha sionista de Neftalí Bennet, con los Hermanos Musulmanes de la lista árabe unida? Su unidad es frágil y está condicionada y determinada por la trilatera aritmética necesaria en la Knesset para conseguir una mayoría parlamentaria. Ambos partidos son reaccionarios, sin lugar a dudas, pero la forma de reacción es categóricamente diferente: colonizadores frente a colonizados.

¿Y por qué el camarada Keser duda de discrepar con aquellos que obstinadamente insisten en que el régimen de Erdogan es fascista? ¿Está su equívoca fórmula dictada por las necesidades de la diplomacia política? ¿Por la búsqueda de una inofensiva tierra de nadie? ¿Se aplicaría esta negativa a adoptar una postura honesta a los Maoístas que tachan a Turquía de fascista des de la fundación de la república en 1923? ¿Se extendería igualmente ese equívoco al Partido Comunista «oficial» de Alemania a finales de los años 20 y 30, cuando tildaba al Partido Socialdemócrata y a los nacionalsocialistas de meras variantes del fascismo? ¿Y qué decir de los izquierdistas estadounidenses que acusaron de fascistas a Joseph McCarthy, Richard Nixon y Ronald Reagan?

Uno puede respetar y admirar la pasión, la convicción y la valentía de las pasadas generaciones de revolucionarios. Dicho esto, los marxistas tenemos el deber de decir la verdad, sin miedo, con franqueza y abiertamente. Esos

camaradas se equivocaron. Mucho. A veces los resultados fueron cómicos, a veces banales, a veces desastrosos. Pero nunca los resultados fueron buenos (en términos de la transición global del capitalismo al comunismo).